

El Instante

Søren Kierkegaard

Traducción del danés y presentación
de Andrés Roberto Albertsen, en colaboración
con María José Binetti, Óscar Alberto Cuervo,
Héctor César Fenoglio, Ana María Fioravanti,
Ingrid Marie Glikmann y Pedro Nicolás Gorsd

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

<i>Presentación: Andrés Roberto Albertsen</i>	9
El Instante n.º 1 (24 de mayo de 1855)	19
El Instante n.º 2 (4 de junio de 1855)	29
Cómo juzga Cristo el cristianismo oficial (junio de 1855)	45
El Instante n.º 3 (27 de junio de 1855)	53
El Instante n.º 4 (7 de julio de 1855)	61
El Instante n.º 5 (27 de julio de 1855)	75
El Instante n.º 6 (23 de agosto de 1855)	95
El Instante n.º 7 (30 de agosto de 1855)	111
La inmutabilidad de Dios. Un discurso (1 de agosto de 1855)	141
El Instante n.º 8 (11 de septiembre de 1855)	153
El Instante n.º 9 (31 de mayo de 1855)	169
El Instante n.º 10	181
<i>Índice</i>	201

PRESENTACIÓN

Andrés Roberto Albertsen

Søren Aabye Kierkegaard, hijo de Michael Pedersen Kierkegaard y Anne Sørensdatter Lund, nació en Copenhague el 5 de mayo de 1813. Inició sus estudios de teología en la universidad de su ciudad natal en 1830, pero más tarde los abandonó. En 1838, poco tiempo después de cumplir veinticinco años, se enamoró de Regina Olsen, diez años menor que él. Kierkegaard decidió reanudar sus estudios tras la muerte de su padre, ocurrida el 9 de agosto del mismo año. En octubre de 1840, rompió su compromiso con Regina y se abocó enteramente a la tarea de escribir. En septiembre de 1841, defendió su tesis doctoral *Sobre el concepto de ironía* y en corto tiempo publicó algunos *Discursos edificantes* y varias de sus obras más importantes escritas bajo distintos pseudónimos. En 1843, publicó *O lo uno o lo otro*, *Temor y temblor* y *La repetición*; al año siguiente salieron a la luz las *Migajas filosóficas* y *El concepto de la angustia*; un año después publicó *Estadios en el camino de la vida*; y en 1846, el *Post-scriptum no científico a las Migajas filosóficas*.

El Instante

En el último año de su vida, decidió pronunciarse en *El Instante*, una revista escrita y firmada enteramente por él y en la cual atacó a la iglesia oficial de Dinamarca y a aquellos que se alineaban tras ella, proclamándose cristianos. El 30 de enero de 1854, murió el obispo Jacob P. Mynster quien, además de haber sido su educador en los años de juventud y pastor de su padre, fue de hecho el conductor espiritual de Dinamarca durante medio siglo. Kierkegaard, que lo conocía de cerca, estaba convencido de que se trataba de un hombre astuto y prudente, pero que nunca había entendido el cristianismo como una pasión y una lucha.

Al momento de la muerte de Mynster, aspiraba a sucederlo Hans L. Martensen, quien pronunció el elogio fúnebre del difunto obispo. Aquel elogio estuvo centrado en la declaración de que Mynster había

llegado a ser un verdadero «testigo de la verdad», «un nuevo eslabón en la cadena sagrada» cuyo origen se remontaba a Cristo y a sus apóstoles. «En cuanto a mí –diría luego Kierkegaard en su *Diario*–, cuando veo al nuevo primado de la iglesia danesa celebrar desde el púlpito al obispo Mynster como un ‘testigo de la verdad’ [...], entonces debo entender como mi máximo deber, con todo el poder que el Altísimo se ha dignado concederme y con toda la disposición a sufrir con que él con dulzura y severidad nutrió mi alma, lanzarme al ataque y hacer una protesta, la protesta contra una predicación del cristianismo que a su vez tendría necesidad de una explicación frente al Nuevo Testamento»¹. Kierkegaard, que estaba persuadido de que alguna vez debía por fin desenmascarar la total falta de religiosidad que se desplegaba en esa pretensión de ser «testigo de la verdad», a fin de no interferir en su elección, esperó a que Martensen fuera nombrado sucesor de Mynster para desencadenar la batalla, que se inició once meses después del mencionado elogio fúnebre.

La batalla se inició en el número 295 del periódico *Fædrelandet*, el 19 de diciembre de 1854, con la publicación de un artículo que tituló: «¿Fue el obispo Mynster un ‘testigo de la verdad’, un verdadero ‘testigo de la verdad’? ¿Es esto verdad?». Y respondía que, para un hombre de religión, ser «testigo de la verdad» no significaba realizar bellas predicaciones sino vivir en pobreza, en humildad, en soledad, aceptando la miseria y la humillación. ¿Cómo podía llamarse «testigo de la verdad» a quien había vivido cómodamente, entre placeres y honores, haciendo una brillante carrera? ¿Qué tenía que ver semejante vida con caminar sobre la huella de Cristo?

«[...] con el obispo Mynster –dice Kierkegaard en el número 6 de *El Instante*– ocurrió que toda su seriedad no pasó del siguiente pensamiento: lograr de manera humana, admisible y recta, o seguramente de manera humana y honorable, atravesar esta vida de modo feliz y bueno.

»Pero esta filosofía de vida no es de ninguna manera la del cristianismo del Nuevo Testamento, no es la filosofía de vida del cristianismo primitivo. El cristianismo primitivo es de tal manera contrario a este mundo que su filosofía es: no un mero pasar por este mundo de modo feliz y bueno, sino asegurarse de chocar en serio con este mundo de manera que, después de haber luchado y sufrido, se pueda salir airoso en el juicio donde el juez (a quien, según el Nuevo Testamento, sólo se puede amar odiando a este mundo y a la propia vida en este mundo) juzgará si se ha cumplido su voluntad.

1. *Søren Kierkegaards Papirer*, ed. de P. A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, 2.^a ed., 20 vols., Gyldendal, København, 1909-1948, vol. XI/3, B, p. 95.

»Hay un mundo de diferencia, un abismo, entre la filosofía de vida de Mynster (que en realidad es epicúrea, es la filosofía del goce de la vida, de las ganas de vivir, propia de este mundo) y la cristiana, que es la de los sufrimientos, la del entusiasmo por la muerte, propia del otro mundo; sí, hay tal diferencia entre estas dos filosofías de vida, que esta última (si es que hay que tomarla en serio y exponerla sólo una vez en un momento de meditación) debe parecerle al obispo Mynster como una especie de locura».

La polémica contra la cristiandad oficial de Dinamarca estaba lanzada. La réplica del nuevo obispo no tardó en llegar y desencadenó una serie de veinte artículos más publicados por Kierkegaard en *Fædrelandet* entre fines de 1854 y principios de 1855. A efectos de dar mayor difusión y amplitud a sus objetivos, Kierkegaard fundó la singular revista *El Instante*, cuyo primer número apareció el 24 de mayo de 1855. Un intervalo de aproximadamente diez días separaron un número de otro; el último publicado por su autor fue el noveno, que vio la luz el 30 de septiembre. La lucha duró cuatro meses y fue intensa; Kierkegaard descargó allí sus últimas energías, pues el 2 de octubre, cuando el décimo número estaba listo para ser publicado, Kierkegaard cayó en la calle, inconsciente; fue llevado al Frederiks Hospital, donde murió el 11 de noviembre de 1855, a los 42 años de edad.

Actuar en el instante

«Ser escritor –dice Kierkegaard en el número primero de *El Instante*–, eso sí que me agrada. Si tuviera que ser sincero, debería decir que he estado enamorado del producir, pero con una aclaración: a mi modo. Y lo que he amado es justo lo opuesto a actuar en el instante; lo que he amado es precisamente la distancia del instante, en la cual, como un enamorado, he podido colgarme de los pensamientos y, como artista enamorado de su instrumento, entretenerme con el idioma arrancándole las expresiones que el pensamiento reclamaba – ¡Bendito pasatiempo! ¡En toda una eternidad no podría cansarme de esta ocupación! [...] Como tengo que actuar en el instante, debo, ay, despedirme de ti, amable distancia en la que no había que correr detrás de nada, siempre con tiempo, donde podía esperar horas, días, semanas para encontrar la expresión exacta a la que quería llegar, mientras que ahora debo romper con todas estas mimosas consideraciones de enamorado».

Una lectura apresurada de este pasaje, así como también de la decisión de nuestro autor de dar a su publicación precisamente el título

de *El Instante*, podría llevarnos a pensar que el filósofo, hasta ese momento abstraído en las alturas de la idealidad, hubiera decidido de pronto «bajar» a la arena de las disputas temporales. Si ese fuera el caso, si se tratara de una intervención coyuntural que interrumpiera el curso del pensamiento filosófico más serio y trascendente, entonces *El Instante* sólo conservaría para nosotros, lectores del siglo XXI, un interés historiográfico, el que puede tener un documento en el que un ciudadano danés de mediados del siglo XIX ataca a los poderes fácticos de su ciudad y de su momento.

Toda la obra kierkegaardiana gira en torno al problema de qué significa ser cristiano; en toda su obra de escritor, Kierkegaard siempre luchó contra la «cristiandad». Las ideas que aparecen expresadas en *El Instante* no son nuevas, más bien lo contrario, recorren toda su obra; incluso se podría afirmar que son las mismas que desarrolló en sus últimos libros *Mi punto de vista* (1848) y *Ejercitación del cristianismo* (1850). Pero es justo aquí donde comienza la diferencia: una cosa son las ideas, y otra cosa muy diferente son las personas e instituciones reales que las encarnan y sostienen en este mundo; es decir: la diferencia entre la mayoría de los escritos anteriores y *El Instante* es que, mientras antes atacaba ideas, *ahora* ataca tanto a personas con nombre y apellido, vivas o muertas, como a instituciones reales y existentes de gran poder, y no tan sólo instituciones ideales, como la «cristiandad», la «multitud», etcétera.

Que las cosas sean así no quiere decir, por tanto, que se trate de escritos meramente coyunturales; todo lo contrario, indican la distancia *absoluta* que separa el hecho de profesar ciertas ideas del hecho de encarnarlas y afrontar en la práctica todas sus consecuencias; indican la diferencia *absoluta* entre tomarse la cosas en serio o hacer «como si...».

«¿Por qué quiero, pues, actuar en el instante? –pregunta Kierkegaard en el primer número de *El Instante*–. Porque me arrepentiría eternamente de no hacerlo, y eternamente me arrepentiría si me dejara amilanar por el hecho de que la generación actual, sin duda, encontrará a lo sumo interesante y rara una exposición verdadera de lo que es el cristianismo, pero después se quedará tranquila donde está, creyendo que es cristiana y que el cristianismo de cotillón de los pastores es cristianismo». Lejos, entonces, de tratarse de una simple coyuntura histórica, *el instante es lo decisivo*. Desde una perspectiva historicista, cada uno de nosotros es tan sólo uno más, cuyo sentido únicamente puede comprenderse en el más amplio contexto de lo universal. Para esta mirada, cada persona es un particular y su ínfimo valor apenas puede apresarse *en relación* con los que han venido

antes y con los que lleguen después. En el curso de la historia universal, cada uno tiene un valor relativo. Ni uno cuenta para la historia universal, ni todo lo que haya sucedido o pueda suceder cuenta para uno, más que relativamente. Pero en el instante, aquí donde puedo decidir qué soy, es aquí donde cuento absolutamente, es aquí donde llego a ser por toda la eternidad. Es en el instante donde cada uno se vuelve singular.

El instante es lo decisivo; así lo ha escrito Kierkegaard en numerosas oportunidades, bajo distintos pseudónimos y con su propio nombre: se puede creer y profesar lo que se quiera, pero sólo en el tiempo, en este instante, aquí y ahora, donde se decide y todo está en juego, es donde se afirma y confirma lo que se es. Toda palabra es vana si lo que se dice no se traduce en acto; esto es lo que Kierkegaard nombra con la expresión «contemporaneidad». Puede que uno piense: «Si yo hubiera vivido en los tiempos de Jesús, si hubiese tenido la ocasión de encontrarme con aquellos hombres grandiosos como lo fueron los apóstoles, habría sido capaz de reconocerlos, cosa que sus contemporáneos no hicieron». O incluso: «Si las circunstancias me lo permitieran, si otro fuera el contexto histórico, yo seguramente sería capaz de hacer lo necesario: seguiría a Cristo hasta la muerte». Pero quien piense así encontrará en Kierkegaard una inquietante pregunta: «Pero tú, ahora, en este instante, ¿qué es lo que estás haciendo? Porque sólo es aquí y ahora donde se juegan todas tus posibilidades».

«Lo llamo ‘El Instante’ –así finaliza Kierkegaard el primer número de *El Instante*–. Sin embargo, no quiero que sea efímero, así como tampoco es efímero lo que he querido hasta ahora. No, fue y es algo eterno: del lado de los ideales contra las ilusiones. Pero, en un sentido, debo decir acerca de todo mi trabajo anterior que su hora aún no ha llegado; he estado alejado del tiempo actual, incluso muy alejado, y sólo estuve cerca en cuanto que la lejanía fue adrede y llena de propósito. Ahora, por el contrario, debo asegurarme por todos los medios la posibilidad de utilizar el instante». Con la publicación de *El Instante*, Kierkegaard puso en acto su propia posibilidad de ser contemporáneo de Cristo. Y eso fue posible al llegar a convencerse de que con Cristo no cabe más que una posibilidad: la de la contemporaneidad, ya que los tres, los quince, los diecinueve o los veintiún siglos que nos separen de él son algo que no quita ni pone.